

ASUNCIÓN FERNÁNDEZ DOCTOR. *La Facultad de Medicina de Zaragoza (1868-1908). Su recuperación bajo la Diputación y la Universidad*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, Excma. Diputación de Zaragoza, 2019, pp. 315.

Es abundante el número de historias de las facultades de medicina que ha ido apareciendo, podemos recordar desde las antiguas como la de Luis Alonso Muñozerro, a las modernas de Delfín García Guerra o Guillermo Olagüe de Ros, sobre Alcalá de Henares, Santiago de Compostela y Granada. También hay que mencionar los dos volúmenes que Josep Danón editó en la Fundación Uriach y el trabajo allí contenido de Consuelo Miqueo sobre la facultad de Zaragoza. Señala también la autora el estudio de los orígenes de esta por A. Bermejo Tudela y del magnífico edificio de fines del siglo XIX por F. Romero Aguirre y F. Solsona Motrel. Ahora se está escribiendo la historia de la facultad de medicina valenciana, coordinada por Josep Lluís Barona.

Desde luego, en el conjunto de la historiografía sobre universidades, las historias de nuestras facultades de medicina tienen particularidades muy importantes. En estas instituciones, desde el siglo XVIII, la herencia francesa es fundamental, pero lo es también la rivalidad con los colegios de cirugía. Creado el de Cádiz por el marqués de la Enseña-

da en 1748, seguido por Barcelona, Madrid y otros, su papel para la corona era esencial, pues abastecían de profesionales a los pueblos y ciudades, a los hospitales, al ejército y, lo que es notable, a la real casa. Por ello siempre tuvieron el apoyo de la corona, o de los liberales en el poder en el siglo siguiente. Así el paso del Antiguo al Nuevo régimen supone el esfuerzo de los colegiales por vencer a las facultades universitarias, consiguiendo en ellos la enseñanza de la medicina y la cirugía reunidas. Fue una feroz confrontación, que plasmó muy bien Agustín Albarracín en su imprescindible artículo en *Cuadernos de Historia de la Medicina Española* sobre las titulaciones sanitarias.

Por ello los primeros planes de estudio promulgados por los gobiernos liberales en 1843 y 1845 –tras el nefasto reinado del (no) deseado Fernando VII– supusieron un paso importante en este sentido. Se suprimían facultades de medicina, se daba máxima importancia a los colegios, quedando en aquellas formas secundarias de ejercicio. En parte estas profesiones de menor nivel social y científico son herencia de esos cirujanos romancistas que ejercían aquí y allá, también de los “officiers de santé” del país vecino. Zaragoza quedaba suprimida y tuvo que luchar por décadas para conseguir nueva facultad. Fueron importantes Jerónimo Borao, el rector e historiador de la universidad, e instituciones como

el ayuntamiento, la diputación, la beneficencia y el hospital de Nuestra Señora de Gracia.

Cae sobre la antigua universidad el peso de las reformas de los liberales, así con el progresismo del general Narváez se refuerza la figura del rector, como pasa de forma similar en otras universidades, así Granada, Madrid o Valencia. Son personajes como Francisco de Paula Montells, Fernando de Castro o Mariano Batllés, quienes consiguen promover las novedades promulgadas en la Gaceta, a la vez que beneficiarse de sus logros. A medida que las nuevas facultades de letras, ciencias y medicina iban ganando importancia, ellos ascendían. Se supo desde luego aprovechar por el rector Jerónimo Borao en Zaragoza la libertad de enseñanza del sexenio, pero se vivió con dificultad hasta que se consiguió en 1876 el reconocimiento por el estado y el compromiso por tanto de financiación. Se hizo un enorme esfuerzo por conseguir cátedras y departamentos, instrumentos, libros y colecciones. En especial se procuró lograr buenas enseñanzas clínicas y anfiteatro y museo anatómicos de calidad.

Todo mejoró cuando la universidad construyó un magnífico edificio; conseguido con los liberales de Sagasta en el poder, en 1886, fue inaugurado en 1893 con facultad, hospital clínico (como se logra en Barcelona) y anfiteatro. El edificio –notable emblema de la ciencia– representa el

esfuerzo de la sociedad aragonesa, como muestra la presencia de esos cuatro próceres plantados al terminar la escalera. El valor de las ciencias y la medicina está bien representado por Juan José de Elhuyar, Miguel Serret, Ignacio Jordán del Río y Andrés Piquer en la hermosa edificación, que también evidencia la nueva universidad. Las aulas heredadas no concedían un papel notable ni a la medicina ni a las ciencias, estaban dominadas por teólogos y juristas, y también por canonistas. La nueva universidad da importancia al saber científico que con el positivismo se convierte en el alma del pensamiento, pero que requiere nuevas formas, instrumentos e instalaciones. Esos notables sabios de la cultura aragonesa son buen antecedente y testimonio de las universidades contemporáneas, que darán gran importancia a la medicina y a las ciencias.

Realiza la autora una magnífica descripción de este proceso de logro de la nueva facultad, señalando el esfuerzo del rector Borao por respetar los dictados de Madrid. No es extraño, porque otro de los caracteres esenciales de la nueva universidad es, como el modelo francés, el decidido centralismo. Los profesores son funcionarios públicos y muchos nombramientos se hacen por el ministerio, quien también tiene el poder económico, pues los ingresos que quedan en la universidad son pocos. La época nueva de la facultad se ca-

racteriza por la introducción de las especialidades, la enseñanza práctica y el cuidado de las distintas clínicas. Se analiza con detalle el profesorado, los sueldos y asignaturas, el nivel y las oposiciones, estudios que se completan con un excelente diccionario biográfico. Son muy ricas las aportaciones sobre los profesores, también sobre los libros de texto y los alumnos. Asimismo, son muy notables los planos y fotografías que se aportan, tan ricos como ilustrativos.

La enseñanza médica es compleja, tal como se evidencia en este volumen. La compra de instrumentos, la instalación de los museos y laboratorios son costosas pero precisas, las aulas y anfiteatros son elementos necesarios. Lo muestra bien el analizado claustro de 1908 en que se trata de animalarios y recursos para fotografía, así como de la enseñanza de la histología y las clínicas. Los libros también son estudiados, se señala que suelen ser franceses o bien españoles, con frecuencia redactados por los catedráticos. Hay asignaturas fundamentales y novedosas, como la histología y la anatomía patológica que tanto tienen que ver con la familia Ramón y Cajal. También la introducción de las patologías y clínicas de las enfermedades otorrinolaringológicas, sifilíticas, neurológicas, mentales... van surgiendo como cursos libres, como doctorado (con frecuencia en Madrid tan solo), al fin entran en licenciatura estas especialidades nuevas.

Se ensayan formas nuevas de enseñanza o divulgación, las revistas aragonesas dedicadas a la ciencia médica que en mucho se deben a profesores, así *La Clínica*, *La Unión Médica Aragonesa* y la *Revista Médico-Farmacéutica de Aragón*. Más tarde *La Clínica Moderna* y *Clínica y Laboratorio*. Es de interés la Academia Médico-escolar, inaugurada en 1869 en presencia del rector, en la que los alumnos exponían y debatían temas académicos. Los profesores asisten a congresos y academias, hacen estancias fuera, participan en la Exposición Hispano-Francesa de 1908. Entre aquellos se organiza en Zaragoza el I Congreso Antituberculoso Español en este mismo año y el Congreso de Accidentes de Trabajo en 1926. Asimismo, al adentrarse el nuevo siglo, como ocurre en las demás universidades, les afectan las discusiones sobre autonomía universitaria, que dieron una cierta esperanza de libertad académica, tras ser limitada por el canovismo la que fuera otorgada por la Gloriosa revolución.

No podemos entrar en sus interesantes descripciones de la labor del profesorado, en investigación puedo mencionar –entre muchos otros– a Luis del Río y Lara y Pedro Ramón y Cajal para histología, Ricardo Royo Villanova para patología, así la tuberculosa, y Ricardo Lozano Monzón en cirugía. Se iluminan estos perfiles con las graciosas anécdotas de Cajal sobre sus maestros. Así las

de Florencio Ballarín y Causada, un profesor de calidad y progresista que representaba una universidad ya desaparecida. Me recuerda mi experiencia personal al empezar Medicina en la Facultad de Valencia. Recuerdo las clases de José María García Blanco, eminente fisiólogo que prolongaba la notable escuela de Juan Negrín. A pesar de su edad y problemas físicos, siempre acudió a clase, ayudado en su marcha por un bedel. Pues bien, Ballarín representaba también una universidad anterior, como García Blanco en nuestro caso. Con problemas con Fernando VII por liberal, era Ballarín profesor “de imaginación plástica y de verbo

cálido”. Las clases eran prácticas, objetivas y experimentales, gustando de instalaciones tales como el museo o el jardín. Señalaba temas de discusión con defensa de tesis y discusión, como en el Antiguo Régimen. Viejo gruñón, malhumorado, se suspendía su clase cuando olvidaba la dentadura. Eran famosas sus frases y anécdotas (como ocurría en mis tiempos con muchos profesores), así asegurando que la solidez de un solitario roto por pelea científica o política, era menor que la firmeza de la cabeza de su oponente.

José Luis Peset
IH-CCHS-CSIC